

Al otro día de esta conferencia, dos ejércitos compuestos de veteranos, mandados por los dos primeros capitanes de los dos mayores pueblos de la tierra, se dirigieron uno á otro para disputarse, no los muros de Roma y de Cartago, sino el imperio del mundo, que era el precio de este último combate.

Escipion colocó en primera fila los lanceros, en la segunda los príncipes y en la tercera á los triarios; rompiendo estas líneas por algunos intervalos, para dejar un paso abierto á los elefantes de los cartagineses. Algunos velites esparcidos por estos intervalos, debían, según conviniese, replegarse detrás de las tropas de línea, á arrojar sobre los elefantes una nube de dardos y saetas. Lelio cubría el ala izquierda del ejército con la caballería latina, y Masinisa mandaba en la derecha los caballos numidas.

Anibal formó ochenta elefantes al frente de su ejército, cuya primera línea se componía de ligures, galos, baleares y moros; ocupaban la segunda los cartagineses, y algunos brutinios formaban detrás una especie de reserva con la cual contaba poco el general. Anibal opuso su caballería á la caballería de los romanos, los cartagineses á Lelio, y los numidas á Masinisa:

Dan los romanos la primera señal de acometer, y rompen al mismo tiempo en tan extraordinarios alaridos, que una parte de los elefantes, espantados, se replegan sobre el ala izquierda del ejército de Anibal, y ponen en desorden á la caballería numida. Nótales Masinisa, lánzase sobre ellos y acaba de ponerlos en huida. Los otros elefantes que se habían precipitado sobre los romanos, son rechazados por los velites, é introducen en el ala derecha de los cartagineses la misma confusión que en la izquierda. De modo que desde el primer choque quedó Anibal sin caba-

llería y descubierto en sus dos flancos: razones poderosas que la historia no ha conservado, le impidieron sin duda pensar en la retirada.

Viniendo á las manos la infantería, los soldados de Escipion rompieron fácilmente la primera línea del enemigo, que solo se componía de tropas mercenarias: entonces se encontraron de frente romanos y cartagineses; y como los primeros no podían llegar á los segundos sino pasando sobre montones de cadáveres, hubo un momento en que estuvieron á pique de perder la jornada: pero ve Escipion el peligro, y cambia el orden de la batalla: hace pasar á la primera línea á los príncipes y á los triarios, los coloca á derecha é izquierda de los lanceros, y envuelve por este medio el frente del ejército de Anibal, que había ya perdido su caballería y la primera línea de peones. Los veteranos cartagineses sostuvieron la gloria que habían adquirido en tantas batallas: entre ellos se reconocían por sus coronas muchos soldados rasos que habían muerto con sus propias manos á algunos generales y cónsules. Pero la caballería romana, al volver de la persecucion de los fugitivos, cayó por retaguardia sobre los antiguos compañeros de Anibal, que rodeados por todas partes, combaten hasta exhalar el último suspiro, y no abandonan sus banderas sino cuando pierden la vida. El mismo Anibal, después de haber hecho todo lo que puede exigirse de un gran general y de un soldado intrépido, se salvó con algunos caballos.

Habiendo quedado Escipion dueño del campo, hizo grandes elogios de la habilidad que había desplegado su rival en todos los lances del combate. Mas esto ¿era generosidad ú orgullo? Uno y otro tal vez, porque el vencedor era Escipion y Anibal el vencido.

La batalla de Zama puso fin á la segunda guerra púni-

ca. Cartago pidió la paz, la cual le fué concedida con unas condiciones que presagiaban su próxima ruina. Anibal, no atreviéndose á fiarse en la fe de un pueblo ingrato, abandonó su patria. Anduvo errante por varias cosas estrangeras, suscitando por todas partes enemigos á los romanos, y en todas partes perseguido por ellos; dando consejos á reyes débiles que no eran capaces de seguirlos, y aprendiendo por experiencia propia que no conviene llevar gloria ni desgracias á casa de huéspedes coronados. Se asegura que se encontró con Escipión en Efeso, y que estando en conversacion con su vencedor, le dijo éste: “En vuestro concepto, Anibal, ¿cuál ha sido el primer capitán del mundo?—Alejandro, respondió el cartaginés.—¿Y el segundo? replicó Escipion.—Pirro.—¿Y el tercero?—Yo.—¿Qué sería, pues, repuso Escipion sonriéndose, si me hubiéseis vencido?—Entonces, contestó Anibal, me hubiera colocado antes de Alejandro.” Respuesta que prueba que el ilustre desterrado habia aprendido en las cortes el arte de la lisonja, y que tenia á la vez sobrada modestia y sobrado orgullo.

En fin, los romanos no pudieron resolverse á dejar vivir á Anibal, porque á pesar de hallarse solo, proscripto y desgraciado, todavía les parecia que hacia vacilar la fortuna del Capitolio. Creíanse humillados al pensar que existia en el mundo un hombre que los habia vencido y á quien no imponia su grandeza. Y para libertarse de este peso, enviaron una embajada al centro del Asia, para pedir al rey Prusias la muerte de su refugiado. Prusias tuvo la bajeza de abandonar á Anibal, y entonces este grande hombre se tomó un veneno diciendo: “Libremos á los romanos del temor que les causa un anciano desterrado, desarmado y vendido.”

Escipion experimentó, como Anibal, las penas que acom-

pañan á la gloria, y acabó sus dias en Literna, en un destierro voluntario. Se ha notado que Anibal, Filopemen y Escipion murieron en corta diferencia á un mismo tiempo, víctimas todos de la ingratitud de su país. El Africano hizo grabar en su sepulcro esta conocida inscripcion:

PATRIA INGRATA,
NO POSEERÁS MIS HUESOS.

Mas á pesar de todo, la proscripcion y el destierro, que hacen olvidar los nombres vulgares, fijan la atención de todos sobre los nombres ilustres: la virtud dichosa nos deslumbra, y cuando se ve perseguida, embelesa nuestras miradas.

La mismo Cartago sobrevivió muy poco á Anibal. Escipion Nasica y los senadores mas sábios querian conservar á Roma una rival; pero no es dado cambiar el destino de los imperios. Venció el odio ciego de Caton el Viejo, y los romanos bajo el mas frívolo pretexto, empezaron la tercera guerra púnica.

Para ello emplearon, ante todo, una insigne perfidia, á fin de despojar de sus armas á los enemigos, y los cartagineses, habiendo pedido en vano la paz, resolvieron sepultarse bajo las ruinas de su ciudad. Los cónsules Marcio y Manlio aparecieron muy pronto al pié de las murallas de Cartago; mas antes de formalizar el sitio, recurrieron á dos ceremonias formidables: la evocacion de las divinidades tutelares de esta ciudad, y el abandono de la patria de Anibal ó los dioses infernales.

“Dios ó diosa que protegeis el pueblo y la república de

Cartago; génio á quien está encomendada la defensa de esta ciudad, abandonad vuestra antigua morada y venid á habitar nuestros templos. Puedan Roma y nuestros sacrificios seros mas agradables que la ciudad y los sacrificios de los cartagineses."

Pasandó en seguida á la fórmula del abandono:

"Dios Pluton, Júpiter maléfico, dioses manes, sumid en el terror á la ciudad de Cartago, arrastrad á sus habitantes á los infiernos; yo os abandono las cabezas de los enemigos, sus bienes, sus ciudades, sus campos; oid mis votos, y yo os inmolaré tres ovejas negras. Tierra, madre de los hombres, y vos, Júpiter, yo os pongo por testigos."

Sin embargo, los cónsules fueron vigorosamente rechazados. El génio de Anibal habia revivido en la ciudad sitiada. Las mujeres se cortaron los cabellos y formaron con ellos cuerdas para los arcos y para las máquinas de guerra. Escipion, el segundo Africano, servia entonces como tribuno en el ejército romano, y todavía vivian algunos ancianos que vieron al primer Escipion en Africa, y entre otros el célebre Masinisa. Este rey numida, que tenia ya mas de ochenta años, convidó al jóven Escipion á su corte, y sobre la suspension de esta entrevista¹ compuso Ciceron el bello trozo de su *República*, conocido con el nombre de *Sueño de Escipion*, en el cual hace que el Emítiano hable en estos términos á Lelio, á Filo, á Manlio y á Escévola:

"Acércome á Masinisa, y este anciano me recibe en sus brazos, baña mi frente con sus lágrimas, y levantando los ojos al cielo, esclama: "¡Sol y dioses celestes, yo os doy gracias! Recibo antes de morir en mi reino y en mi casa

¹ Escipion habia visto antes á Masinisa; su última entrevista no pudo verificarse, porque cuando Escipion llegó á su corte ya habia muerto Masinisa.

al digno heredero del hombre virtuoso y del gran capitán que está siempre presente en mi memoria!"

"Aquella noche, ocupada mi imaginacion con los discursos de Masinisa, soñé que el Africano se presentaba á mi vista, y me puse á temblar de temor y de respeto. El Africano me tranquilizó, y llevándome á lo mas alto del cielo en un lugar que brillaba con el resplandor de mil estrellas, me dijo:

"Baja la vista y mira á Cartago: yo la obligué á someterse al pueblo romano; tú la destruirás enteramente en dos años, y merecerás por tí mismo el nombre de Africano que ahora solo llevas como heredero mio. Sabe, para alentarte en el ejercicio de la virtud, que en el cielo hay un lugar destinado al hombre justo. Lo que en la tierra se llama vida es la muerte, porque solo hay verdadera existencia en la morada eterna de las almas; mas á ésta solo se llega por la santidad, la religion, la justicia, el respeto á los padres y el amor á la patria. Sabe, sobre todo, despreciar las recompensas de los mortales. Ya ves desde aquí cuán pequeña es esa tierra, y cuán poco lugar ocupan los mas estendidos reinos sobre ese globo que apenas puedes distinguir: ¡cuántas soledades, cuántos mares dividen á los pueblos entre sí! ¿Cuál sería, pues, el objeto de vuestra ambicion? ¿Por ventura ha salvado jamás el nombre de un romano la cumbre del Cáucaso ó las riberas del Ganges? ¡Cuántos pueblos del Oriente y del Occidente, del Mediodía y del Septentrion, no oirán hablar jamás del Africano! Y los que hoy hablan, ¿cuánto tiempo podrán hablar? Pronto perecerán. En el trastorno de los imperios, en esas grandes revoluciones que produce el tiempo, se borrarán enteramente mi memoria. No pienses, pues, ¡oh hijo mio! mas que en los santuarios divinos en donde oyes esta armonía

de las esferas que encanta ahora tus oídos: aspira solo á esos templos eternos preparados para las almas grandes y para esos génius sublimes, que se elevaron mientras vivian á la contemplacion de las cosas del cielo. Calló el Africano y yo desperté.”

Esta noble ficcion de un cónsul romano, llamado el *Padre de la Patria*, no perjudica á la gravedad de la historia; porque si el objeto de ésta es conservar los grandes nombres y los pensamientos del génio, estos nombres y estos pensamientos se hallan en este sueño.¹

Escipion el Emiliano, nombrado cónsul por el favor del pueblo, recibió orden de continuar el sitio de Cartago. Sorprendió ante todo la ciudad baja llamada *Megara* ó *Magara*,² y trató en seguida de cerrar el puerto exterior por medio de una calzada; pero los cartagineses abrieron otra entrada al puerto, y aparecieron en el mar con grande admiracion de los romanos. Hubieran podido quemar la flota de Escipion; pero la hora de Cartago era llegada, y habíase apoderado el espanto de los consejos de aquella ciudad desventurada.

Defendíala un cierto Asdrubal, hombre cruel, que mandaba treinta mil mercenarios, y trataba á los ciudadanos con tanto rigor como los enemigos. Pasaba el invierno en las operaciones que he descrito, y llegada la primavera, atacó Escipion el puerto interior, llamado *Cothon*.

Dueño muy luego de las murallas de este puerto, avanzó hasta la plaza mayor de la ciudad, desde la cual partian tres calles que subian hasta la ciudadela, conocida con el nombre de *Byrsa*. Los habitantes se defendieron en las

¹ Este sueño es una imitacion de un pasaje de la *República de Platón*.

² No haré la descripcion de Cartago sino cuando hable de sus ruinas.

casas de estas calles; de manera que Escipion se vió obligado á sitiar y tomar de una en una dichas casas: combate que duró seis dias y seis noches. Una partida de soldados romanos forzaba las guaridas de los cartagineses, mientras otros sacaban con garfos los cadáveres que se hallaban amontonados en las casas y en las calles. Muchos vivos fueron arrojados en los fosos en compañía de los muertos.

El dia sétimo se presentaron algunos diputados en traje de suplicantes, y se limitaron á pedir la vida de los ciudadanos que se habian refugiado en la ciudadela. Escipion accedió á su peticion, esceptuando, sin embargo, de esta gracia á los desertores romanos que se habian pasado á los cartagineses. Cincuenta mil personas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, salieron de Byrsa en virtud de esta amnistía.

Elevábase en lo mas alto de la ciudadela un templo consagrado á Esculapio, en el cual se hicieron fuertes los transfugas en número de novecientos. Mandábalos Asdrubal, el cual tenia consigo á su mujer y á sus dos hijos. Aquella multitud desesperada resistió por algun tiempo los esfuerzos de los romanos; pero desalojada sucesivamente de los pórticos del templo, se encerró al fin en el mismo templo; y entonces Asdrubal, arrastrado por el amor á la vida, abandonó secretamente á sus compañeros de infortunio, á su mujer y á sus hijos, y presentándose con un ramo de oliva en la mano, se echó á los piés de Escipion, el cual le hizo al momento mostrar á los desertores, y éstos, llenos de rabia, pusieron fuego al templo, lanzando contra Asdrubal las mas horribles imprecaciones.

Cuando las llamas empezaban á salir del edificio, se vió aparecer una mujer vestida con sus mas ricos trajes y lle-

vando de la mano dos niños: era la esposa de Asdrubal. Dirige una mirada sobre los enemigos que rodeaban la ciudadela, y cuando reconoce á Espicion, esclama: "No pido al cielo, ¡oh romano! que descargue sobre tí su venganza, porque tú no haces mas que observar las leyes de la guerra; pero ¡plegue á los dioses que tú y las divinidades de mi país castiguis al pérfido que ha vendido á su esposa, á sus hijos, á su patria y á sus dioses! ¡Y tú, Asdrubal, Roma prepara ya el castigo de tus maldades! ¡Jefe indigno de Cartago, corre á hacerte uncir al carro de tu vencedor, en tanto que este fuego va á librarnos de la esclavitud á mí y á tus hijos!"

Dichas estas palabras, degüella á sus hijos, los arroja á las llamas, se precipita tras ellos, y todos los transfugas siguen su ejemplo.

Así pereció la patria de Dido, de Sofonisba y de Anibal. Floro quiere que se juzgue de la magnitud de aquel desastre por el incendio, que duró diez y siete dias enteros. Escipion lloró sobre la suerte de Cartago; y al aspecto del incendio que consumia aquella ciudad, hacia poco tan floreciente, pensó en las revoluciones de los imperios, y pronunció estos versos de Homero, aplicándolos al futuro destino de Roma: "Vendrá un tiempo en que perecerán los sagrados muros de Ilión, y el belicoso Priamo y todo su pueblo." Corinto fué destruida el mismo año que Cartago, y un hijo de Corinto replicó como Escipion un pasaje de Homero á la vista de las cenizas de su patria. ¡Qué hombre, pues, es este á quien toda la antigüedad llama á la caída de los Estados, y al espectáculo de las calamidades de los pueblos, como si nada pudiese ser grande y trágico sin su presencia! ¡Como si todos los dolores humanos estuviesen ba-

jo la proteccion y el imperio del cantor de Ilión y de Héctor!

No bien quedó Cartago destruida, cuando parece que sale de entre sus ruinas un dios vengador: Roma pierde sus costumbres, engéndranse y nacen en su seno guerras civiles; y esta corrupcion y estas discordias empiezan en las riberas púnicas. Desde luego Escipion destructor de Cartago, muere asesinado por sus parientes; los hijos de aquel rey Mesinisa, que hizo triunfar á los romanos, se degüellan sobre el sepulcro de Sofonisba, y los despojos de Sifax sirven á Jugurta para corromper y vencer á los descendientes de Régulo. "¡Oh ciudad venal! esclama el príncipe africano al salir del Capitolio: ¡oh ciudad murada por tu ruina, si hay quien quiera comprarte!" Muy pronto, casi á la vista de Cartago, hace Jugurta pasar por bajo el yugo un ejército romano, y renueva esta vergonzosa ceremonia como para regocijar los manes de Anibal; cae, en fin, en manos de Mario, y desmaya su valor en medio de la pompa triunfal. Los lictores le despojan, le arrancan los pendientes que lleva á las orejas, y le arrojan desnudo al foso, en donde este rey justificó hasta su último suspiro lo que habia dicho de la codicia de los romanos.

Pero la victoria alcanzada sobre el descendiente de Masinisa, suscita entre Sila y Mario aquella rivalidad que ha de cubrir de luto á Roma. Obligado á huir delante de su rival, corre Mario á buscar un asilo entre los sepulcros de Hanon y Hamilcar; pero un esclavo de Sextilio, prefecto de Africa, lleva á Mario la orden de dejar las ruinas que le sirven de guarida: "Vé y dí á tu amo, responde el terrible cónsul, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago."

"Mario y Cartago, dicen un historiador y un poeta, se